

Me desperté. Hacia un bonito día, los rayos de luz entraban por la ventana y se intuía un precioso amanecer.

Olía al café del desayuno, seguramente mi abuela estaría preparándomelo. Ambiente de un sábado cualquiera, ambiente del primer día de vacaciones. Pero no era sábado, ni tampoco eran vacaciones, era un triste y aburrido martes. Odio los martes. Todos son iguales, cansados e inaguantables, malolientes y llenos de mala suerte. Pero hoy pasaba algo raro, era la primera vez en tantos años que me levantaba de buen humor un martes, era la primera vez de tantísimos martes que mi habitación desprendía buen rollo. No sabía muy bien el por qué. No acertaba a entender por qué el segundo día de la semana, el peor día de todos sin duda, comenzaba especialmente bien. Me sentía feliz.

En ese momento ni si quiera sabía que de una semana a otra había cambiado, no solo los martes, si no todos los días de mi vida, para siempre.

Necesito viajar en el tiempo, volver al pasado, para explicar que todo empezó el día en el que nací. Dos mujeres felices, radiantes, las cuales habían tenido su primera hija, sentadas en una cama de hospital, contemplando a su hermosa bebé: yo. Mis madres: las que mejor me cuidaban, las que más me ayudaban... las que todavía me dan tanto amor y cariño...

Eso sería suficiente para ser feliz pero, a veces, lo que parece más sencillo es lo más difícil. Yo no era consciente de lo que la vida tenía preparado para mí por tener dos madres. Tenerlas era como un regalo... y era como un castigo, pues era demasiado inocente, y no me podía imaginar lo que es en realidad esta sociedad.

Era martes. Un martes cualquiera y yo amaba los martes por aquel entonces. Yo les llamaba "El día de la buena suerte". En la escuela me daban chuches, por la tarde tenía clases de baile con mis compañeras y mis mamas llegaban pronto de trabajar. Esto último me hacía especialmente feliz porque no pasaba todos los días.

Martes. Un martes cualquiera. Al salir de la clase de baile me dirigía a mi casa con mi mejor amiga mientras hablábamos sobre la coreografía para la próxima competición. Al llegar abrí la puerta con ayuda de las dos manos y sigilosamente entré. Yo ya sabía que ese día era el aniversario de mis madres y que llegarían sobre las ocho porque tenían que pasar antes a recoger a la abuela de la estación. A la abuela le encanta viajar y había estado en París con unas amigas desde el viernes. Miré el reloj, nerviosa. Eran las seis menos cuarto y todavía me daba tiempo a preparar la sorpresa que tenía pensada pero me tenía que dar prisa si quería que estuviera lista para las ocho.

Corrí hacia la habitación e hice lo más rápido que pude los deberes, ansiosamente bajé a la cocina y comencé a prepararles la cena: un delicioso pastel de carne con tomate, y de postre unas natillas caseras. Me esforcé. Me esforcé muchísimo y salió perfecto. Todavía me daba tiempo a poner la mesa y organizar una "velada romántica" para tres.

- ¡Acabé! – Grité sabiendo que no iba a obtener respuesta. Miré otra vez la hora y tan solo quedaban dos minutos para las ocho. Mis mamás debían de estar al llegar.

Pero eso nunca sucedió. Llevaba dos horas esperando a que vinieran a casa. Las diez. La cena sobre la mesa. Llamé al móvil. No recuerdo cuántas veces llamé y siempre saltaba el contestador.

Decidí llamar a mi abuela porque debía estar con ellas, o eso pensaba yo, y ella siempre sabe qué hacer en estas situaciones en las que no se controla la situación. La abuela lo cogió rápido. Me alegré, pero pronto esa alegría se transformó en una sensación de pánico inquietante.

- Estate lista cariño. En veinte minutos pasará el abuelo a por ti.- Colgó.

Cientos de preguntas taladraban mi cabeza, deseando que nada malo les hubiese pasado, y sólo de pensarlo empecé a llorar y a temblar. Estaba asustada. Iba haciendo la maleta y me había despistado del reloj. El motor de un coche me alejó de mis pensamientos. Era mi abuelo que venía a recogerme.

Salí rápido y entré en el coche. Cerré la puerta de un portazo. Entonces hubo un incómodo silencio, me di cuenta de que mi abuelo tenía los ojos llorosos. Fue entonces cuando pronunció esas palabras, que hasta ahora solo habían existido en mi mente durante unos segundos:

- Amá ha muerto - Logró pronunciar con una voz temblorosa.

Yo sabía perfectamente cual de mis madres era, porque amá era vasca y por eso le gustaba que le llamara así. Empecé a llorar. Lloré como nunca antes.

Pasaba los días enteros llorando y preguntándome que le había pasado. Me preguntaba a mí misma porque no me atrevía a preguntarle a los abuelos. No hablé durante días y creo que tampoco escuché porque si me contaron algo yo no lo recuerdo. No me atrevía a preguntar por mamá ahora que amá ya no estaba.

Un día escapé de esa burbuja y le pregunté a la abuela dónde estaba mamá. Fue el momento en el que la abuela me lo contó todo:

Amá y mamá iban por la calle, paseando, cogidas de la mano. Cogidas como tu madre y tu padre. Cogidas como un novio y una novia. Cogidas como dos mujeres que se aman. Un grupo de chicos empezaron a insultarles, les hicieron un corro y empezaron a pegarles golpes. Golpes fuertes, de los que dolían en el cuerpo y en el alma. Dicen, quienes lo vieron que la una tapaba a la otra con el cuerpo y al revés. A amá la empujaron a la carretera y un coche que pasaba, accidentalmente, la arrojó. Murió en el acto. Mamá estaba en coma por los fuertes golpes que había recibido.

UN MARTES

- No saben los médicos si despertará.- Dijo la abuela.

Le abracé. Le abracé llorando. Necesitaba ese abrazo desde hacía días sin saber si quiera todo esto que ahora sabía.

Han pasado tres años y cada día de mi vida es un asco, pero especialmente los martes: es el día que voy al hospital a ver a mamá que aún duerme. Yo quiero ir todos los días pero la psicóloga y los abuelos dicen que mejor un día a la semana para que mi vida siga igual. ¿Qué mi vida siga igual? Los martes le cuento a mamá mi semana y es el día más feo porque tengo que inventar que mi semana es maravillosa para que ella no se preocupe. Está dormida pero sé que me oye.

Hoy es un martes distinto. Al oler el café he ido directa a la cocina y le he preguntado a la abuela por qué había llorado. Lo he notado en seguida. Yo ya estaba alerta: es martes y los martes me pasan estas cosas tan horribles. Ver a la abuela con ojos de haber llorado no mejoraba el pronóstico.

Se rió entonces, y yo me quedé de piedra porque no entendía nada. Parecía feliz a pesar de haber llorado. Y entonces, por fin lo dijo, esas palabras que tanto tiempo llevaba queriendo escuchar. Empecé a saltar de alegría, no me lo podía creer, era el mejor día de mi vida, y era un martes.

- Mamá ha despertado.-dijo la abuela.